

Con las uñas llenas de tinta

Con las uñas llenas de tinta

*Política e imprenta
en el México decimonónico*

CORINNA ZELTSMAN

Traducción de Mario A. Zamudio Vega
Revisión técnica de Marina Garone Gravier



Primera edición, 2024

Título original: *Ink under the Fingernails.*

Printing Politics in Nineteenth-Century Mexico

© University of California Press, 2021 | All rights reserved

Diseño de portada: Estudio Ahuehuete, a partir de una ilustración de José Guadalupe Posada: *Imprenta de A. Vanegas Arroyo*, 13.3×8.7 cm, The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs: Print Collection, The New York Public Library, digitalcollections.nypl.org/items/fc4169e0-e403-0139-5cf5-0242ac110002.

D. R. © 2024, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora
Plaza Valentín Gómez Farías 12, San Juan Mixcoac, 03730,
Benito Juárez, Ciudad de México, México
publicaciones@institutomora.edu.mx | www.institutomora.edu.mx
✉ institutomora  institutomora

D. R. © 2024, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo, 11200,
Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com | www.granodesal.com
✉ GranodeSal  LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico —entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-8953-60-8 (Instituto Mora)

ISBN 978-607-69818-8-7 (Grano de Sal)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Introducción

En los primeros días de 1865, un agente de policía arrancó una hoja volante anónima de un muro de la ciudad de México y se la envió a sus superiores. El breve texto sumergía a sus lectores en un complejo debate político: su autor, muy consternado, aconsejaba al gobierno federal que no echara a pique las conversaciones diplomáticas con El Vaticano (véase la figura 1).¹ Las fuentes gubernamentales habían insinuado recientemente que las negociaciones para restablecer las buenas relaciones entre México y Roma podrían estar a punto de romperse, lo cual generó una oleada de preocupación respecto de los actos del nuevo gobernante de México, el príncipe de los Habsburgo convertido en el emperador Maximiliano.² Apenas unos meses después de haber sido puesto en el trono mexicano por las tropas de Napoleón III, la testarudez de Maximiliano en sus tratos con El Vaticano y el plan para establecer una Iglesia nacional habían comenzado a erosionar la confianza de los conservadores y del clero, que habían ayudado a llevarlo al poder.³ El presidente Benito Juárez, que encabezaba la resistencia republicana desde su base en el norte del país, había rechazado la autoridad del emperador y grandes sectores del territorio mexicano se habían negado a someterse a la autoridad del gobernante extranjero. Ahora bien, en el volante anónimo se ejercía presión desde otro ángulo, una posición reflejada en la decisión de su autor de firmar con el seudónimo de “Un liberal cristiano”. El autor decía representar el “sentimiento general” y argumentaba que los mexicanos comunes favorecían las buenas relaciones con la Santa Sede y que querían solucionar, más que exacerbar, los conflictos que habían agobiado a la nación en los últimos años en lo concerniente al poder y la situación de la Iglesia católica.

Las autoridades de la ciudad interpretaron el texto como un rechazo público hacia el emperador, por lo que actuaron rápidamente para investigar el origen de ese volante y contener su propagación. Ya habían sido descubiertos varios ejemplares en las esquinas de las calles de la capital; sin embargo, la sencilla hoja de papel no proporcionaba mucha información que pudiera ayudar a las autoridades. La decisión del autor de utilizar un seudónimo en el volante no sólo establecía los amplios compromisos políticos, sino que también ocultaba su identidad. El impre-

PROFUNDA SENSACION han causado en todos los ci- de
nuestra sociedad, las letras de 27 de Diciembre último dirigias por
S. M. I. á su ministro de justicia Sr. Escudero, concernientes á las
leyes llamadas de reforma, y á que el Nuncio apostólico carezca de ins-
trucciones *ad hoc*, que tendrá que esperar de Roma.

Las leyes llamadas de reforma fueron espedidas en Veracruz y san-
cionadas despues por el gobierno Juarez con absoluta independenciam—
en la parte espiritual—de la corte de Roma, porque gubernativamente
se procedió á la expropiacion de bienes eclesiásticos, á la seculariza-
cion de Regulares, á la tolerancia, y por último á la autorizacion del
matrimonio civil.

La expropiacion y secularizacion es materia de disciplina eclesiásti-
ca, por lo que los Romanos Pontífices han podido alguna vez transigir
con las naciones previo concordato.

La tolerancia es un punto, que la cabeza visible de la Iglesia ha con-
siderado con prudente deferencia, atendida la razon de que entre dos
males⁷ debe elegirse la parte menor.

El matrimonio es sacramento instituido, por el mismo Jesucristo, y
aquí Su Santidad carece de poder para autorizar el civil por ser materia
de dogma.

Puntos de tanta gravedad están comprendidos en las llamadas leyes de
reforma vigentes todavía en su mayor parte, por cuya razon no debe pa-
recer extraño que el Nuncio apostólico no haya sido portador de instruc-
ciones hasta que la negociacion abierta por S. M. con el Santo Padre, ge-
fe universal de la Iglesia católica, con conocimiento de circunstancias, sea
acordada y cangeada entre ambos gobiernos.

Así el estado de negocio tan delicado y trascendental, la opinion gene-
ral juzga que S. M.—religiosa y políticamente obrando—habrá calculado
de tal modo la medida adoptada, que en nada puedan sufrir las buenas re-
laciones de México con la Santa Sede; porque lo contrario importaria un
grave desconcierto y sentimiento general para todos los que profesamos la
Religion Católica, Apostólica, Romana.

Un Liberal cristiano.

FIGURA 1. Recto del panfleto *Profunda sensación*, México, 1865. AGN.

sor de la hoja volante tenía que haber incluido su nombre y su domici-
lio en el documento, como lo exigía la ley, disposición que proporcionaba
a los funcionarios una importante herramienta para exigir la rendición

de cuentas; sin embargo, quien lo hubiera producido había omitido deliberadamente cualquier información sobre su publicación, lo que imposibilitaba su rastreo. Esa estrategia logró que la investigación fracasara, pero la preocupación oficial sobre la crítica pública en un impreso permitió que el efímero documento perdurara en los archivos: a lo largo del día, desde una esquina de la ciudad de México, viajó por toda la cadena de mando y terminó sobre el escritorio de uno de los principales funcionarios del país, el ministro de Gobernación, y, archivado después de que el caso se enfriara, se unió al vasto cuerpo de documentos controvertidos que, a pesar de ser efímeros, fueron preservados por las autoridades.

Del reverso del volante surge otra historia: ahí se pueden ver los rasgos físicos de al menos otras tres hojas superpuestas en capas fragmentarias de tinta, papel y pegamento (véase la figura 2). Las letras en negritas y compuestas con tipografías de fantasía, seleccionadas para atraer la mirada, insinúan un paisaje urbano en el que los textos impresos actuaban como elementos provocadores que, de manera frecuente, actuaban sobre las construcciones de la capital.⁴ Tal como en alguna ocasión se había quejado un gobernador de la ciudad de México, los panfletos fijados en las esquinas de las calles y en las puertas de las iglesias provocaban “desórdenes por las disputas de los que los leyan [*sic*] defendiendo unos el pró [*sic*], y otros la contra de su contenido”.⁵ El gobernador había observado que los documentos impresos podían potenciar los debates políticos, desdibujando los límites entre los modos de comunicación oral y escrita en una sociedad con un reducido grado de alfabetización. Esas discusiones también podían volverse acaloradas y cacofónicas, una característica que vemos en las diversas capas del reverso de la hoja volante. La mezcla de almidón, papel y fragmentos de palabras constituye un complemento visual y material de la cacofonía oral descrita por el gobernador: captura un poco del espíritu con el que los redactores y los usuarios de los impresos decimonónicos ignoraban los ideales del debate racional y medido que los legisladores habían invocado cuando describieron cómo se suponía que debía funcionar la libertad de imprenta. En lugar de ello, quienes se dedicaban a publicar impresos tenían como objetivo destruir por completo a sus oponentes. Arrancando los panfletos, los funcionarios locales también participaban en el juego político, ya que ordenaban a sus subordinados de toda la ciudad que “arranquen los pasquines y procedan a la aprehencion [*sic*] de quienes los handen [*sic*] pegando”.⁶ los celosos ejecutores de esa orden ocasionalmente añadieron al registro del archivo documental algún trozo de yeso desprendido de las paredes.

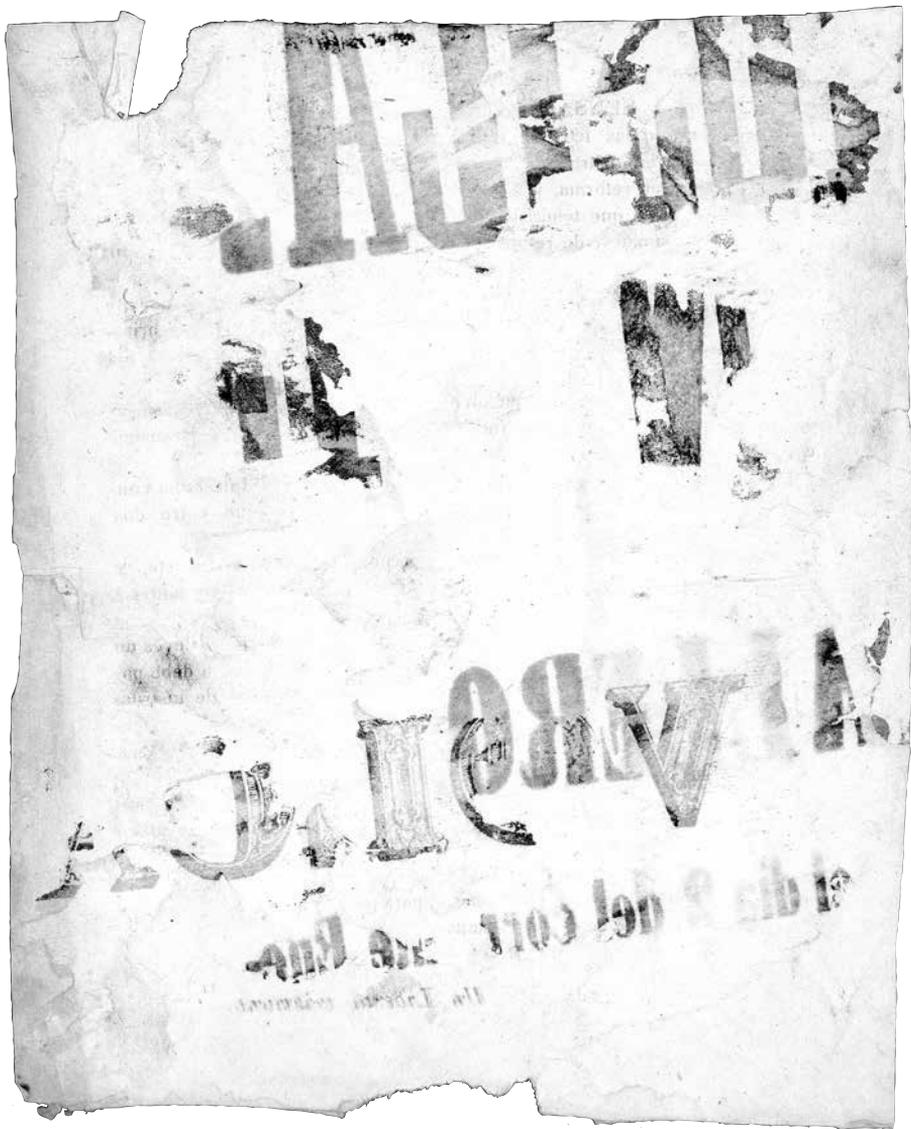


FIGURA 2. Verso del panfleto *Profunda sensación*, con varias capas superpuestas de panfletos anteriores. AGN.

Mientras intentaban rastrear a los responsables de ese tipo de volantes, los ansiosos funcionarios sacaron a la luz un polémico campo de intercambio político que floreció en torno a los textos impresos en el núcleo

urbano de la ciudad de México: el campo de la política ejercida por medio de los impresos. Después de la Independencia de México, en 1821, los individuos y las facciones de todas las tendencias recurrieron a las prensas como un arma en sus luchas por el poder. A pesar del hecho de que la mayoría de los mexicanos no sabía leer, los actores políticos volcaron su energía y sus recursos en los textos impresos con el propósito de hacer propuestas sobre la nueva nación, confrontar a sus rivales e inmortalizarse en el registro público. La imprenta no era, de ninguna manera, una tecnología nueva, especialmente en la ciudad de México, que acogió la más antigua tradición de la imprenta occidental del continente americano: desde la fundación de la primera imprenta, hacia 1539, los impresores de la ciudad habían colaborado con los poderosos funcionarios de la corona y de la Iglesia que, agrupados en el corazón urbano, contribuyeron a la expansión y la consolidación del dominio colonial, el catolicismo y la comunidad intelectual criolla local.⁷ La ciudad de México se mantuvo después de la Independencia como el principal centro de producción editorial del país; sin embargo, el colapso del régimen español transformó la relación entre los impresores, los autores, el Estado y la Iglesia, lo que dio paso a una época caracterizada por la incertidumbre y por unos acalorados debates. A medida que los textos impresos se entrelazaban con las redes emergentes de la política urbana, que se entrecruzaban en la capital de la nación, un medio de comunicación ya familiar, arraigado en la cultura política hispana, adquirió una nueva importancia y generó nuevas posibilidades.⁸

A los ojos de sus usuarios entre las élites del siglo XIX, los impresos debían desempeñar una poderosa función en la configuración del presente y el futuro del país. Después de la Independencia, intelectuales y gobernantes, en sintonía con sus pares del resto del continente, vieron en los impresos una herramienta fundamental para adoctrinar a una población mayoritariamente privada de educación formal. Influidos por las actitudes ilustradas que precedieron a la Independencia, los reformistas describieron con esperanza la capacidad de los impresos para representar y dar forma a la opinión pública y constituir un freno a la tiranía del gobierno o a los abusos de poder. Los constructores de la nación estaban de acuerdo con que la creación de una industria editorial viable podría ayudar a los nuevos sistemas políticos a desarrollar una identidad colectiva y garantizar la autonomía intelectual y cultural en relación con Europa.⁹ No todos los observadores compartían la misma sensibilidad optimista con respecto a los impresos como una ayuda didáctica o como un freno al poder del Estado: mientras que algunos ensalzaban la enorme capacidad

de los impresos para “derramar por todas partes el gérmen [sic] de la virtud, establecer por donde quiera los principios de la justicia y hacer la felicidad de las naciones con los inmensos beneficios de la civilización”, otros ponían el énfasis en el potencial de los impresos, cuando eran utilizados incorrectamente, para incitar a la violencia, socavar la piedad católica o erosionar el orden establecido.¹⁰ La aparición de actitudes opuestas con respecto a este medio refleja la competencia entre los proyectos políticos e ideológicos que surgieron en el fermento de la nación temprana; no obstante, el hecho de que, a pesar de sus preocupaciones, prácticamente todos los actores políticos hayan recurrido a los impresos revela una comprensión compartida de esa tecnología como un símbolo y como un impulsor de los logros sociales y civilizadores, que se podía aprovechar para llevar a cabo un cambio calculado.¹¹ El potencial modernizador de los impresos parecía estar igualado únicamente por su capacidad para conservar las ideas para las generaciones futuras, dando forma a la materia prima a partir de la cual sería escrita cada una de las diferentes historias. Un estadista latinoamericano transmitió ese sentido de gravedad cuando describió el enorme poder de la imprenta para permitir que la palabra “pas[e] triunfante sobre el océano y los siglos”.¹²

Las realidades de los diversos impresos hicieron que los exponentes de esa fórmula discursiva tan noble pusieran los pies en la tierra; después de todo, aquellos que esperaban aprovechar el poder de los impresos necesitaban, para poder publicar cualquier cosa, tener acceso a una prensa física y al conocimiento propio de unos hábiles artesanos, y eso significaba hacer frente a la crudeza pragmática relacionada con la administración de un negocio de impresión en el México del siglo XIX, es decir, a la política de la propia imprenta. Era necesario pagar a los artesanos y a los obreros que mantenían en funcionamiento las prensas. Los propietarios de las imprentas de la ciudad de México, no obstante, enfrentaban numerosos desafíos. A todo lo largo del siglo XIX, en Estados Unidos, el desarrollo económico, la urbanización y el aumento de las tasas de alfabetización impulsaron la expansión y la industrialización de los oficios relacionados con la imprenta y el surgimiento de una industria editorial, de las industrias de fundición tipográfica y de las industrias de fabricación de prensas con empresas de alcance nacional e internacional;¹³ en el México independiente, por el contrario, el colapso de la economía colonial, agravado por la deuda, las invasiones del extranjero y la inestabilidad política, implicó que los impresores locales debieran trabajar en circunstancias más limitadas y que no pudieran contar con un creciente mercado de consu-

midores de impresos: a finales del siglo XIX, las imperfectas estadísticas gubernamentales estimaban la tasa nacional de alfabetización en apenas 17 por ciento¹⁴ y, si bien la alfabetización estaba más extendida en la ciudad de México, el centro del poder y la riqueza de la nación, los lectores no eran necesariamente clientes que pudieran pagar por los impresos. Además de esos desafíos, los impresores tenían que asumir un riesgo considerable para importar del extranjero la maquinaria y unos suministros muy costosos, como los tipos móviles y el papel.

Al enfrentarse a las realidades económicas, los impresores recurrieron a la política como la más importante de sus heterogéneas estrategias comerciales: actuando como editores, desarrollaron y administraron periódicos partidistas y cultivaron relaciones con políticos y religiosos que, como patrocinadores, podían significarles contratos lucrativos. Los impresores crearon unos personajes individuales y colectivos a medida que se enfrentaban a sus rivales en la arena pública y, en ese proceso, dieron marco y forma a los debates políticos. Los observadores cercanos, como el destacado historiador y bibliógrafo Joaquín García Icazbalceta (1824-1894), se lamentaban de que la politización de los oficios de la imprenta de México había desvirtuado los más nobles esfuerzos editoriales;¹⁵ para los impresores, no obstante, imprimir textos sobre política representaba ingresos, visibilidad y cierto grado de poder, y, por lo demás, también los puso bajo el escrutinio de unos funcionarios cautelosos o abiertamente hostiles cuyo impredecible comportamiento podía significar la ruina para toda la comunidad de una imprenta.

Las autoridades estatales y eclesiásticas establecidas en la capital consideraban que las imprentas eran unos enclaves sospechosos, pues eran a la vez espacios familiares y, para su frustración, quedaban fuera del dominio oficial; incluso cuando consideraron que los impresos eran una herramienta política fundamental, lucharon por encauzar y neutralizar los retos que se materializaban en cada taller. Como se sabe, Ángel Rama, el crítico literario uruguayo, sostuvo que las élites urbanas utilizaban tecnologías como la escritura y los impresos para gobernar a las mayorías en las sociedades analfabetas de la América española, ejerciendo el poder de los instruidos desde el centro de la “ciudad letrada”.¹⁶ Él y otros han sostenido que esta configuración había perdurado, con algunas modificaciones, a todo lo largo del siglo XIX, mientras que los constructores de la nación trabajaban para desarrollar un sistema político gobernado por hombres instruidos, acaudalados y respetables, es decir, por “hombres de bien”.¹⁷ Las imprentas que operaban en el corazón de la ciudad

letrada, no obstante, fomentaron una cosmovisión más democrática en la intersección del trabajo intelectual y el manual. En la imprenta, una sección transversal de la sociedad urbana colaboraba para transformar los textos escritos en impresos; allí, los editores con educación formal y los periodistas con movilidad ascendente se codeaban con los cajistas autodidactas, los hábiles operarios de las prensas y los empleados de taller analfabetas. Los propietarios de las imprentas que podemos llamar exitosos, muchos de los cuales habían comenzado como aprendices, aprovecharon su habilidad y sus relaciones para convertirse en personajes públicos muy conocidos; algunos incluso alcanzaron un escaño, ya sea en la legislatura nacional o en alguna local, y consiguieron clientes propios a medida que adquirían un mayor estatus.¹⁸ En el transcurso del siglo XIX, las comunidades de los talleres de impresión adoptaron un discurso liberal que celebraba a esos impresores excepcionales como “hombres de talento”, ejemplos locales de ascenso social a partir de sus méritos, que desafiaban el estigma asociado con el trabajo manual y servían como modelos que representaban de manera positiva a las comunidades obreras de la ciudad.

A medida que su influencia y visibilidad aumentaban, los impresores enfrentaban las críticas y el desprecio abierto de quienes socialmente estaban por arriba de ellos, en especial cuando aquéllos decidieron intervenir en la política; por ejemplo, en 1849, cuando Lucas Alamán, el político conservador más poderoso de México, presentó cargos por difamación contra el impresor radical Vicente García Torres (1811-1894), denunció ante el juez a cargo del caso “la poca caballerosidad y falta de educación” del impresor;¹⁹ más adelante, confrontado con los argumentos de este último, Alamán recurrió a su jerarquía y acusó a su adversario de recurrir a unas proposiciones que, “si bien pudieran tolerarse en los ejercicios de jóvenes principiantes en las aulas, son de muy mal gusto y ajenas de la circunspección de los Tribunales”. Esos comentarios revelan los prejuicios de clase apenas velados que abrigaban las élites políticas, las cuales buscaban poner en su lugar a los impresores arribistas, prejuicios que perduraban a pesar del proyecto intelectual, con raíces en la Ilustración del siglo XVIII, para reconfigurar el trabajo manual bajo una visión positiva.²⁰ Al igual que los artesanos latinoamericanos que en el siglo XIX desplegaron el lenguaje igualitario del liberalismo y el republicanismo para combatir el estigma contra el trabajo manual, los impresores pusieron el énfasis en el honor, la respetabilidad y el patriotismo para defender su presencia en la esfera pública;²¹ sin embargo, a menudo se encontra-

ron atrapados entre dos representaciones negativas propias de su oficio y de su singular relación con las palabras, pero opuestas entre sí: ya fuera como lacayos partidistas, ya como mercenarios sin escrúpulos dispuestos a imprimir cualquier cosa.

Las caracterizaciones negativas de los impresores también reflejaban las frustraciones de los funcionarios que se esforzaban por regular el complejo mundo de la producción de impresos y hacer frente a sus implicaciones sociales, que parecían especialmente preocupantes debido al clima de inestabilidad política de México. La política de la época republicana temprana comprendió enérgicas pugnas sobre la forma y la dirección del nuevo gobierno, en las que los sectores populares urbanos tuvieron una función visible. En las primeras décadas después de la Independencia, los gobiernos presidenciales con frecuencia fueron derrocados antes de concluir su mandato y los legisladores reescribieron la Constitución múltiples veces, cada que los conflictos entre federalistas y centralistas, exacerbados por las intervenciones extranjeras y la penuria del gobierno, provocaban revueltas regionales y la intervención militar. En la década de 1850, esas cambiantes luchas mutarían y se expandirían hasta llegar a convertirse en una guerra civil a gran escala, con los mexicanos divididos respecto de la participación de la Iglesia católica en los asuntos nacionales. En medio de esa inestabilidad, todos los gobiernos posteriores a la Independencia —gobiernos de todo el espectro político, de radicales a conservadores, de republicanos a monárquicos— proclamaron su apoyo a la “libertad de imprenta”, profesando un compromiso común con los principios liberales; sin embargo, su lenguaje, sus actos y las leyes relacionadas con cada posición establecieron restricciones y límites claros en torno a las expresiones impresas. Con la esperanza de encauzar los impresos desde su origen mismo, los funcionarios federales promulgaron una vertiginosa sucesión de leyes sobre la libertad de imprenta, decretos del Poder Ejecutivo e interpretaciones jurídicas relacionadas con la imprenta, al tiempo que la Iglesia, un actor principal en las luchas políticas que enmarcaron la construcción del país durante el siglo XIX, también intentaba, tanto en la arena pública como tras bastidores, dar forma al mundo editorial.

Las leyes, los casos y las políticas que afectaron a la imprenta y que se acumularon poco a poco a lo largo del siglo XIX reflejaron la preocupación permanente de las autoridades respecto del poder de los impresos. José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), célebre redactor de panfletos, captó el clima de incertidumbre que se percibía entre las comunidades vinculadas a las imprentas cuando, en uno de sus diálogos ficticios, refor-

muló sarcásticamente la libertad de imprenta como el “peligro de la imprenta”.²² Si bien Lizardi escribió ese análisis en 1820, cuando esa libertad era todavía relativamente nueva en México, su premisa básica resonó a todo lo largo del siglo XIX, a medida que un cambiante elenco de funcionarios luchaba por desarrollar un régimen regulatorio estable. Hacia finales del siglo XIX, el gobierno de Porfirio Díaz logró consolidar un Estado poderoso, tras sus más de treinta años en el poder, lo cual fortaleció la capacidad del gobierno para supervisar y domar las disputas políticas en el ámbito editorial; sin embargo, el marco legal que regulaba el discurso impreso se mantuvo en constante cambio hasta 1917, cuando la Revolución obligó a una reevaluación de las leyes sobre la libertad de imprenta.

La incapacidad de las autoridades para estabilizar las leyes que durante casi un siglo rigieron los discursos difundidos por la imprenta revela que las prácticas de impresión fueron uno de los focos, aunque hoy todavía inexplorados, de los conflictos durante el proceso de formación del Estado en México. Para quienes estaban en el poder, los impresos planteaban un dilema: aun cuando esperaban encauzar estas expresiones con el propósito de contener los desafíos políticos, los funcionarios también dependían de la imprenta para librar sus propias batallas políticas en contra de sus rivales, dirigir el gobierno y crear un archivo de los logros del Estado. En 1828, después del fracaso de un intento de crear un taller dentro del Palacio Nacional, el gobierno federal recurrió a los impresores de la ciudad de México para producir los materiales oficiales requeridos para gobernar, desde el membrete hasta el órgano que actuaba como portavoz del Estado: la gaceta del gobierno. El Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo nombre solía abreviarse como “de Relaciones” y que a partir de mediados de siglo fue conocido como “de Gobernación”, no sólo supervisaba el mundo de los impresos en la ciudad de México y perseguía a los infractores, sino que también supervisaba las operaciones del gobierno relacionadas con sus propios impresos, negociando las minucias de sus muchos contratos con las imprentas locales y preocupándose por su incapacidad para ejercer completamente el dominio de la propia imagen impresa del Estado; por lo tanto, los funcionarios actuaban al mismo tiempo como reguladores de las actividades de la imprenta y como participantes en la beligerante política relacionada con los impresos. Ese malabarismo generó una importante y perdurable tensión que ayuda a explicar los actos del gobierno relacionados con los impresos y con la imprenta: los funcionarios del emergente Estado nacional unieron a sus rivales políticos —los funcionarios de la Iglesia, los periodistas en ascen-

so, los propietarios de las imprentas y un conjunto diverso de artesanos y obreros—, que compitieron sobre la capacidad para tener acceso a la producción impresa y ejercer su dominio sobre ella.

LA RECONSIDERACIÓN DE LA LIBERTAD
DE IMPRENTA Y DE LA CULTURA POLÍTICA POR MEDIO
DE LA PRODUCCIÓN DE IMPRESOS

Mediante el examen de las luchas en torno a la producción de impresos, en este libro se explora la historia del México del siglo XIX a través de una nueva lente; aquí presento la reconstrucción de las negociaciones prácticas, los debates jurídicos y las maniobras discursivas que se desarrollaron en las trastiendas, los talleres de impresión, las oficinas gubernamentales, los tribunales y las calles de la capital en torno a la producción y la reglamentación de los impresos, desde finales de la época colonial hasta la Revolución mexicana. La atención que se presta en el libro a las prácticas no revela únicamente una amplia gama de actores, desde los poderosos presidentes hasta los humildes cajistas que componían la tipografía, cuyas vidas estuvieron vinculadas a esas luchas, sino que también arroja una nueva luz sobre los conflictos políticos, ideológicos y sociales que acompañaron la formación del Estado después de la Independencia. Como bien saben quienes estudian el siglo XIX, el avance del liberalismo y las formas en que fue adoptado en la teoría y negociado en la práctica han constituido el meollo de las historias recientes sobre México y América Latina.²³ Gracias a la revisión de las narrativas más antiguas sobre la supuesta incompatibilidad del liberalismo con la realidad mexicana, en los estudios regionales se ha hecho hincapié en la manera en que los sectores urbanos y las comunidades rurales campesinas e indígenas desarrollaron sus culturas políticas locales y liberales (y, en algunos contextos, conservadoras) a medida que se enfrentaban a una variedad de proyectos de construcción del Estado.²⁴ El taller de impresión era un sitio particularmente dinámico desde el que se pueden volver a examinar esos procesos contingentes en el corazón urbano de México; es un espacio donde se descomponen las categorías familiares que a menudo se usan para explicar la trayectoria política de México. Los talleres de impresión eran unos microcosmos de la sociedad urbana, lo cual complica las distinciones entre las élites y los sectores populares. Los partidarios de cada facción e institución recurrían a los medios impresos, lo que

revela que éstos eran una “arena política” y un “instrumento de política práctica” compartido;²⁵ sin embargo, a pesar de que esa amplia participación reflejaba el surgimiento de una esfera pública facilitada por la libertad de imprenta, los términos del debate estaban lejos de haberse resuelto. En realidad, la imprenta se convirtió en un ámbito en torno al cual adquirieron forma los contornos de unos conflictos ideológicos, institucionales y socioculturales de mayor alcance, no únicamente como un choque de posiciones con respecto a los textos, sino también como contiendas con respecto a la reproducción material de esos textos.

En realidad, no es posible entender las luchas por una “prensa libre” en el México del siglo XIX sin tomar en serio sus dimensiones materiales y laborales: en los estudios actuales sobre México, se ha comenzado a ir más allá del contenido de las leyes sobre la libertad de imprenta para pasar al examen más ambicioso de las instituciones legales, como el Jurado de Prensa, con el propósito de analizar la interacción del Estado y la sociedad civil;²⁶ sin embargo, al centrarse en los periodistas y en la categoría abstracta de “prensa”, en esos estudios se ha pasado por alto todo el abanico de formas impresas en las que se abordaba la política, como los efímeros “papeles públicos”, las novelas por entregas, los decretos gubernamentales, las muestras tipográficas de los impresores y los documentos burocráticos; asimismo se ha subestimado el grado en el que los funcionarios del siglo XIX se preocuparon por regular los procesos prácticos de impresión como un medio para reglamentar los discursos impresos: los legisladores discutieron repetidamente cuál era la mejor manera de encauzar los impresos desde su origen y las autoridades recurrieron a la acción legal y extralegal para actuar contra las comunidades de los talleres tipográficos; los actos en contra de esas comunidades terminaron convirtiéndose en un tema de capital importancia —más que una simple nota a pie de página— en los debates políticos sobre la libertad de imprenta y el poder de esta última.

Las cuestiones relacionadas con la naturaleza del trabajo, el intelecto y la influencia de los textos ensombrecieron los debates, de por sí politizados, sobre la prensa y su reglamentación; los talleres de impresión representaron un complejo desafío para los legisladores: eran muchas las mentes y las manos que, de principio a fin, participaban en el proceso de producción y distribución. Las leyes sobre la libertad de imprenta definieron categorías específicas, como la de autor, editor, impresor y “responsable”, con el propósito de garantizar que, en último término, se pudiese asignar cualquier infracción a algún individuo concreto; sin em-

bargo, los argumentos expuestos en el Congreso, en los tribunales y en la prensa escrita —es decir, en los medios de comunicación— revelan la falta de consenso, no únicamente respecto de las reglas sobre a quién se debía atribuir la responsabilidad de los textos impresos, sino también, de entrada, sobre las propias categorías utilizadas para describir el campo de la producción de textos: por una parte, la cuestión de si un autor o un impresor tenían la responsabilidad de un texto controvertido —si la creación “moral” o la “mecánica” importaba más y qué contaba como una y como otra— se mantenía, irresuelta, en las disputas políticas ocurridas en el ámbito editorial; por otra parte, los impresores resultaron notoriamente resbaladizos cuando se les cuestionaba, debido a que eludían su categorización: un solo individuo podía definirse a sí mismo de múltiples maneras o describir las prácticas en el taller de impresión de una manera diferente para adaptarla a las circunstancias, lo cual refleja el despliegue estratégico y la situación de las categorías jurídicas y profesionales.

Mediante la inclusión de los impresores en este marco, en el libro se presenta una nueva visión de las luchas históricas sobre los significados de la libertad. Después de todo, los esfuerzos por regular el discurso impreso no fluían en una sola dirección: los impresores intentaron dar forma a la interpretación jurídica y a la letra de la ley mediante sus actividades políticas y mediante las estrategias argumentativas a las que recurrieron para impugnar las actuaciones oficiales; ellos también tenían los medios para desarrollar una identidad multifacética en los momentos de crisis, recurriendo a sus propias prensas y, frecuentemente, a la simpatía de otros miembros del oficio. A pesar de sus preferencias partidistas, la búsqueda que los impresores hacían de su propia autonomía con respecto a los funcionarios estatales y eclesiásticos surgió como un tema constante en la época posterior a la Independencia, superponiéndose y apartándose de los esfuerzos por establecer las reglas relacionadas con el debate público: a todo lo largo del siglo XIX, surgieron como teóricos por derecho propio, compitiendo con los funcionarios y los escritores para redefinir la “libertad de imprenta” como la libertad de operar y trabajar en un negocio de impresión sin ser perseguidos y sin la interferencia del gobierno.

El hecho de enfocarse en las cuestiones de la producción también revela nueva información sobre la redes clientelares que cruzaban la división entre el Estado y la sociedad civil, complicando el ideal propuesto por Habermas de que las fuerzas del mercado producen una esfera pública independiente.²⁷ Sin duda alguna, las imprentas eran un negocio;

sin embargo, de manera similar, su abanico de estrategias económicas encaja mal con la visión del capitalismo de la prensa escrita esbozada en el famoso argumento de Benedict Anderson, quien vinculó la proliferación de periódicos impulsada por el mercado con el surgimiento de imaginarios nacionales organizados horizontalmente en la “era de la Revolución”.²⁸ Una mirada más atenta sobre la economía política y la cultura de la imprenta en México muestra una constelación más amplia de factores en juego y, por lo tanto, participa en los esfuerzos recientes por comprender las múltiples trayectorias y los significados de los impresos en contextos históricos específicos.²⁹ En un mundo donde únicamente un pequeño sector de la población podía permitirse la suscripción a un periódico, los impresores hacían malabarismos con los trabajos de impresión —por contrato y por encargo—, con las inversiones de capital de los patrocinadores políticos y con el apoyo de éstos:³⁰ no todos encargaban un impreso con el propósito de obtener ganancias (en realidad, éstas fueron lo suficientemente escasas como para retrasar el surgimiento de una industria editorial nacional robusta, como la que se desarrolló en Francia en el siglo XIX);³¹ algunos distribuían gratuitamente sus panfletos y sus obras efímeras entre sus amigos, los miembros del Congreso o el público, con el propósito de promover unos objetivos específicos; en ocasiones, los funcionarios subvencionaban a los autores mediante el pago de los costos de impresión; el Estado mantenía a flote los periódicos mediante el pago de suscripciones y pagaba grandes sumas para todo tipo de materiales efímeros a aquellos que contaban con las relaciones adecuadas; por lo demás, el considerable negocio derivado de la Iglesia, que captaban algunos impresores, también debería considerarse como una dimensión de las disputas políticas en el ámbito editorial, porque era frecuente que los impresos religiosos estuviesen animados por unos objetivos políticos de mayor alcance.³²

En resumen, las redes y los objetivos políticos desempeñaron una importante función en el impulso del negocio de la impresión en el México decimonónico. A diferencia de la narrativa de los países del Atlántico del Norte, que supone que la imprenta se expandió constantemente a lo largo del siglo XIX a medida que los mercados se expandían, México exhibió un multifacético “clientelismo de los impresos”, en el que las relaciones de patrocinio urbano ayudaron a impulsar la producción y moldearon el consumo. Hacia la primera mitad del siglo XIX, el número de talleres seguía siendo modesto, puntuado, en el mejor de los casos, por grandes aumentos de actividad correspondientes a los momentos políticos y los

cambios legales trascendentales o a conflictos que se veían cercanos: la aparición de la libertad de imprenta en 1820, por ejemplo, o la crisis política que siguió a la derrota de México ante Estados Unidos en 1848. Únicamente cuando, a finales del siglo XIX, la estabilidad económica y la ampliación del patrocinio estatal se combinaron con las nuevas tecnologías, los negocios relacionados con la impresión se expandieron a una velocidad más perceptible.³³

Esas observaciones tienen implicaciones sobre la manera como se entiende la función de los impresos en la cultura política y la sociedad mexicanas del siglo XIX. Situar el medio en sus contextos de creación e intercambio revela nueva información sobre el alcance social de determinados géneros y documentos, y muestra cómo el contenido de los materiales impresos se desplazó más allá del ámbito exclusivo de las élites gracias a la circulación de segunda mano, la repetición y el rumor;³⁴ sin embargo, el acceso a las tecnologías especializadas, como la escritura y la impresión, también permitió que un conjunto más reducido de actores se distinguiesen como participantes plenos en esas redes, un proceso en el que se reafirmaron las jerarquías de poder;³⁵ e, independientemente del marco de la alfabetización y la oralidad, las asociaciones simbólicas de los impresos con los rituales de poder y el desempeño de la condición social —rituales desarrollados por medio del gobierno colonial y reelaborados después de la Independencia— también las dejaron abiertas a su apropiación por parte de las clases inferiores.³⁶ El medio reflejó las esperanzas y los temores de un segmento significativo de la sociedad urbana.

Tómese como ejemplo la pintura de José Agustín Arrieta *Tertulia de pulquería*, de 1851, la cual ilustra las ansiedades de las élites en torno a lo impreso por medio de una escena de lectura en una pulquería: la pintura, un ejemplo del costumbrismo, el género literario y artístico que ilustra las costumbres populares y el color local, muestra a gente de las clases populares dispuesta en torno a una mesa provista de pulque y antojitos, donde unos borrachines discuten y uno de ellos blande un impreso político efímero (véase la figura 3). El sujeto con el sombrero de copa —una señal, junto con la lectura, de su posición social más alta— explica una caricatura a dos compañeros; los dos hombres de la derecha, barbados y envueltos en una capa o sarape, sostienen una conversación furtiva; los personajes centrales ríen mientras observan una sátira política en un grupo mixto; y la mujer, una china poblana, representante de las muchachas de pueblo de dudoso carácter moral, se lleva una mano al pecho y echa la cabeza hacia atrás riendo alegremente. Los sujetos de la pintura,



FIGURA 3. José Agustín Arrieta, *Tertulia de pulquería*, óleo sobre tela, 1851. Colección Andrés Blaisten.

que parecen atentos a los periódicos satíricos que realmente circularon en Puebla a mediados del siglo XIX, leen y reaccionan emocionalmente a los materiales que encontraron:³⁷ los periódicos indican su cada vez más profunda conciencia política, pero los individuos reunidos en torno a la mesa parecen estar mal preparados para asumir la función de ciudadanos sobrios e informados. Los cuadros como ése deben haber estado colgados en casa de algún patrono de las élites, que podía observar desde una distancia segura las animadas escenas populares y extraer las lecciones morales sobre los peligros que entrañaban esos incendiarios impresos fuera de lugar.³⁸ La imagen parece destinada a justificar las intervenciones de las élites en la sociedad con el propósito de salvaguardar el orden político, ya fuese mediante los esfuerzos educativos para generar ciudadanos modelo, las restricciones en las leyes electorales y de vagancia, o la vigilancia de los impresos; sin embargo, también permite una interpretación

contraria, que propone la vida cotidiana como una arena de democratización en la que los materiales impresos llegan a las manos de unos lectores inesperados y generan animadas conversaciones y un fermento político por medio de unas redes íntimas de intercambio.

LOS INTELLECTUALES DEL TALLER DE IMPRESIÓN

El fermento social y el disenso también se agitaban tras los bastidores de la producción literaria. A mediados del siglo, la impresión asistida con mulas que impulsaban las grandes prensas y con algo de tinta, grasa y solventes posiblemente en todas partes era un proceso pesado, rudo y desagradable al olfato. En medio del ruidoso ajetreo y los intensos olores de los talleres de impresión de la ciudad de México, adquirió forma una cultura laboral única, la cual diluía las distinciones fáciles entre labores manuales y trabajo intelectual, y que volvía borrosa la jerarquía de clases. Vistos globalmente, esos espacios abarcaban una gama tan amplia de labores y horizontes sociales que es difícil hacer una categorización fácil. Los propietarios y los encargados de los talleres con conocimientos sobre el negocio y con experiencia artesanal, los revisores y los periodistas formal o marginalmente educados, los cajistas y los correctores de pruebas alfabetizados, los hábiles operadores de las prensas y los mecánicos calificados, los aprendices pobres y los obreros mal pagados que doblaban los periódicos, hacían mandados y recuperaban los tipos que, llenos de tinta, se habían “empastelado”, o sea que estaban revueltos en el piso: todos contribuían a elaborar los materiales impresos. Los que desempeñaban esas diferentes ocupaciones, cada una de las cuales requería su propio conocimiento especializado, se quejaban de lo desigual de la remuneración y el prestigio, lo cual generaba tensiones internas. Por lo demás, los talleres de impresión tenían sus propias lógicas excluyentes: en México, las mujeres administraban y poseían imprentas como hijas, esposas o viudas de impresores, lo cual era una continuación de las prácticas de la época colonial;³⁹ ellas desempeñaban tras bastidores una función activa de muchas maneras, desde solicitar a los funcionarios del gobierno la restitución de los contratos cancelados o la liberación de familiares encarcelados hasta trabajar como sirvientas, encuadernadoras y vendedoras ambulantes; sin embargo, pocas aparecen en los relatos sobre la vida en los talleres o recibieron el reconocimiento público; por lo demás los impre-

sores de México prohibían informalmente a las mujeres llevar a cabo labores como las de los cajistas en la composición de tipos. En realidad, el único actor femenino en la tradición de la imprenta era la propia prensa, a la que los impresores dedicaban alegorías en poemas y artículos periodísticos como la “hija obediente”, la “esposa cariñosa”, la “abuela sabia” o la “santa patrona” de la comunidad formada por el gremio. La marginación de las mujeres en el taller de impresión, aunada a la designación del género de la propia prensa, consolidó la identidad del taller de impresión como un espacio masculino de sociabilidad. Por otra parte, los ritmos del trabajo colaborativo de la imprenta generaban una camaradería entre hombres en lo social y en las amistades que traspasaba los límites raciales y de clase, y fomentaba los intercambios de ideas y prácticas. Después de todo, entre el diverso grupo del taller, muchos compartían la ambición de progresar por medio de su asociación con la palabra impresa.

Las imprentas nutrieron las carreras en ascenso de los periodistas, muchos de los cuales aprovecharon la escritura y las relaciones políticas para convertirse en funcionarios públicos o en políticos influyentes. Los periodistas, carentes de la riqueza de los “hombres de bien”, cultivaban las románticas nociones de la autoría como una forma de capital cultural, para labrarse una reputación pública en torno a los valores de la autonomía creadora y la valentía personal;⁴⁰ no obstante, esa celebración de la libertad creativa estaba asentada en una tensión incómoda con los compromisos económicos y políticos requeridos en el negocio de la imprenta, una tensión encarnada (y parodiada) en la imagen literaria de los periodistas jóvenes e idealistas que estaban obligados a recortar artículos de periódicos viejos para llenar las columnas del día siguiente: “Trabajábamos como escribientes, no como escritores”, se queja el protagonista de *El cuarto poder* —novela de Emilio Rabasa, de 1888—, que se encuentra en esa situación de aplastamiento del ego: “no éramos artistas, sino obreros”;⁴¹ su repudio del trabajo manual, considerado en la novela como un trabajo monótono y sin sentido, revela las sutiles líneas de distinción que trazaban los periodistas a medida que acumulaban capital cultural.

Ahora bien, los impresores pusieron en tela de juicio la suposición de que la tinta bajo las uñas de sus dedos los descalificaba como pensadores o habitantes de pleno derecho de la ciudad letrada. En comparación con otros grupos de obreros, producían una gran cantidad de comentarios escritos que reflejaban su compromiso con la cultura literaria, las ideas ilustradas y la narrativa liberal. Los propietarios de los talleres no sólo dieron forma a los debates legales sobre la libertad de imprenta, sino que

también intervinieron en las conversaciones sobre el gusto y la identidad nacional como impresores-editores. En unos estudios innovadores, se ha destacado su participación como intermediarios cosmopolitas que ofrecían un marco a la literatura internacional, así como noticias y entretenimiento popular para los lectores locales.⁴² Si bien las controversias editoriales alimentaban las acusaciones sobre los efectos desestabilizadores de los intereses económicos de los impresores, éstos las contrarrestaron mediante el cultivo de una imagen pública de imparcialidad por medio de nuevas estrategias —como el envío de cartas al editor, a sus propios periódicos o la elaboración de reseñas anónimas de terceros— que ofrecían una imagen de la prensa escrita como un mercado de las ideas supuestamente neutral. A lo largo del siglo XIX, los cajistas que componían los tipos móviles también adoptaron elementos del discurso liberal en los que celebraban la educación y el trabajo esforzado como vías de superación personal.⁴³ Aunque esos obreros alfabetizados rara vez tenían la oportunidad de adquirir una voz pública en la prensa escrita, aprovecharon las oportunidades especiales que se les presentaron para mostrar sus conocimientos e ideas, como la celebración del cumpleaños de su empleador, el aniversario de la fundación de una sociedad de ayuda mutua o la creación de un catálogo tipográfico. Por medio de una variedad de textos, los cajistas rechazaron la caracterización de su trabajo como una actividad no creativa; en la década de 1870, surgieron como voces destacadas en la nueva prensa obrera urbana, donde se describían a sí mismos como los “intérpretes del pensamiento” que “perfeccionan” las ideas confusas e ininteligibles de los autores.⁴⁴

La intervención de los impresores en los textos y la representación de sí mismos constituyen un punto de observación del imaginario cultural y del mundo intelectual de un sector singular de las comunidades artesanales y obreras de México: por un lado, se unieron en una mitología artesanal común sobre la manera en que los impresores llevaron el noble legado de Gutenberg a la nueva nación;⁴⁵ por ejemplo, en sus memorias de viaje, Ignacio Cumplido (1811-1887), el impresor más ilustre de México, narró una visita al lugar de nacimiento de Gutenberg como un peregrinaje espiritual y describió un emotivo encuentro con una estatua de “aquel hombre [inmortal] que redimió al género humano de la ignorancia”.⁴⁶ Los argumentos sobre la importancia social de los impresores surgieron, no únicamente gracias al culto con el que engrandecían la figura de Gutenberg, sino también por medio de un análisis más profundo de la relación del trabajo de los impresores con las palabras. Independien-

temente del impulso al discurso liberal con el que se reconocía el aporte productivo del trabajo manual a la economía, los impresores elaboraron expresiones creativas y artesanales con las que exigían el reconocimiento y el respeto por sus actividades intelectuales; con la exigencia de redactar sus propios textos, expresaron lo que Jacques Rancière describió como “el sueño [del obrero] de pasar al otro lado del lienzo”: representar el mundo como uno desea y, de esa manera, retener “la soberanía para sí mismo”.⁴⁷ El retrato resultante reinventó la producción intelectual no por medio del paradigma del individualismo romántico, un tema común entre los periodistas y los autores, sino como una actividad mixta y colaborativa.

En este libro, se continúa la exploración de los impresores de los vínculos entre la creatividad y el oficio mediante la investigación de la manera en que dieron forma al significado, no solamente por medio de la alfabetización, sino también más allá de ella.⁴⁸ Los tipógrafos determinaban el formato, la composición de la página y el diseño, adaptando los estilos internacionales que encontraban gracias a las redes profesionales establecidas con otras naciones. Esas decisiones se fusionaron en convenciones en las que se vinculaban las formas materiales con los géneros literarios y políticos, lo cual, al estructurar los textos en formas reconocibles, daba forma a las expectativas de los lectores.⁴⁹ Como lo ha hecho notar Roger Chartier, el significado de los textos “depende de las formas por medio de las cuales los reciben y se apropian de ellos sus lectores (o sus oyentes)”.⁵⁰ Los tamaños de los pliegos de papel, las tecnologías de impresión y las limitaciones de tiempo y dinero establecieron parámetros en torno a los esfuerzos creativos de los impresores; incluso, una búsqueda más audaz de la novedad —visible en el proliferación de los diseños tipográficos que llamaron la atención de los lectores a todo lo largo del siglo XIX— abrió el espacio a la apropiación creativa de la tipografía y el diseño de las portadas.⁵¹ Además, la ubicación de la ciudad de México en el límite de los circuitos atlánticos por los que se desplazaban las tecnologías de impresión exigía creatividad para superar los desafíos relacionados con las demoras y los daños en los envíos o los faltantes de tipos. Finalmente, el taller de impresión abrió sendas para el aprendizaje por medio de la lectura y la escucha relacionadas con la composición y la corrección de textos y, asimismo, sus actividades cultivaron la sensibilidad táctil, la agudeza visual y la habilidad para solucionar problemas. Pocos cronistas del mundo de los impresos de la ciudad de México han reconocido el valor del conocimiento de los impresores; tampoco quienes practicaban el oficio lo tomaron en cuenta del todo en los manuales

o los tratados; no obstante, acercarse a los impresos prestando atención a la perspectiva de quien ejerce el oficio ofrece nuevas vías para comprender las dimensiones sociales, formales e incluso corporales de la imprenta del siglo XIX.⁵²

LAS DISPUTAS POLÍTICAS EN EL ÁMBITO EDITORIAL A LO LARGO DEL SIGLO XIX

Las disputas políticas sobre la imprenta surgieron durante la agitación de la época de la Independencia de México cuando el medio se iba cargando de nuevas posibilidades y las reglas que atañían a su producción y uso, negociadas durante mucho tiempo, se estaban desintegrando. Mediante la investigación de las cambiantes relaciones y las negociaciones entre impresores, autores y funcionarios gubernamentales, en los siguientes capítulos se hace el examen del prolongado proceso de desmoronamiento y reconstrucción del Estado que se desarrolló a lo largo del siglo XIX. La ciudad de México es el lugar ideal para estudiar esas transformaciones debido a que fue el sitio preeminente de las publicaciones incluso después de que las tecnologías de impresión ya se hubieran diseminado en el territorio nacional. El proceso de construcción del Estado fue un desafío para los impresores; no obstante, les abrió oportunidades sin precedentes para participar en la emergente cultura política de la nación, en la que, en cuanto actores cuasi autónomos, influyeron en las interpretaciones y los marcos legales, la cultura intelectual y la de la clase obrera, y en la apariencia y la materialidad del debate político.

Para elaborar este relato, me basé en una gran variedad de fuentes, muchas de las cuales nunca habían sido estudiadas. Las comunicaciones entre el gobierno y la Iglesia son un testimonio de los constantes esfuerzos por encauzar y aprovechar el poder de la imprenta, debido a que revelan las aspiraciones y las ansiedades de las autoridades, así como su colaboración con los impresores de la ciudad de México. Las leyes sobre la libertad de imprenta y las opiniones judiciales muestran la manera en que los debates sobre los conceptos legales como la responsabilidad y la autoría cambiaron con el tiempo, mientras que los testimonios judiciales preservan el posicionamiento estratégico de los propios impresores con respecto a la ley. Los contratos con el Estado y los registros de la imprenta del gobierno, combinados con los documentos notariales y los registros sobrevivientes de los papeles de la familia de libreros Abadiano, por

ejemplo, permiten el examen de las prácticas comerciales y laborales de los impresores. Todas esas fuentes inéditas constituyen el contexto para una serie de estudios de caso que, mediante el examen de las controversias editoriales y los sucesos o momentos importantes, permiten la reconstrucción de las políticas sobre la imprenta a medida que se desarrollaban sobre el terreno. Esos episodios subrayan las características clave de las disputas políticas del siglo XIX en el ámbito editorial, como la provocación calculada, la reimpresión y la evasión o reivindicación estratégica de la responsabilidad sobre los textos. En conjunto, llaman la atención sobre los muy diversos contextos de la reproducción y el consumo de textos y sobre la manera en que las dimensiones materiales y visuales, e incluso performativas, de la impresión se combinaban con el contenido de los textos para sugerir cierto significado. Esos casos también hacen visible la elaboración histórica del personaje y el mito del impresor, que surgieron en oposición a los esfuerzos simultáneos por marginar a los impresores de la esfera pública.

A comienzos del siglo XIX, los impresores de la Nueva España cultivaban unos lazos estrechos con las autoridades reales y eclesiásticas, quienes actuaban no únicamente como reguladores sino también como importantes mecenas de la imprenta. En el capítulo 1, se introduce la política de lealtad que dio forma a las actividades de la imprenta en la ciudad de México de los Borbones durante el periodo de reformas ilustradas patrocinadas por la corte. Manuel Antonio Valdés (1742-1814), el editor de la semioficial *Gazeta de México*, ejemplificó esa política, en su elaboración de discursos sobre los impresos ilustrados al servicio de la gloria del virreinato y de la estabilidad imperial: la lealtad de Valdés perduró incluso después de que la invasión de la península Ibérica por Napoleón en 1808 hubiese desatado unas fuerzas que amenazaron su monopolio de la difusión de noticias. Como se argumenta en el capítulo 2, la lealtad de los impresores también resistió los diez años de la guerra insurgente que estalló en 1810: después de todo, fueron los realistas quienes inundaron sus imprentas con negocios nuevos, mientras que los insurgentes se esforzaban incluso por adquirir prensas con el propósito de crear símbolos alternos de legitimidad política en el interior rural del país; sin embargo, cuando la revolución liberal del imperio español llevó las leyes sobre la libertad de imprenta a la Nueva España, se resquebrajaron las certezas tanto sobre el compromiso de los impresores como sobre la legitimidad imperial. Uno de los primeros escándalos relacionados con la imprenta, a propósito de un volante de 1820 en contra del virrey, escrito por el

hijo de un funcionario real colonial de alto rango y reimpresso en la ciudad de México por Alejandro Valdés (1776-1833), revela el incipiente clima de desconfianza que enmarcó las primeras negociaciones sobre la libertad de imprenta.

En los capítulos 3, 4 y 5 se profundiza en la controvertida política sobre la imprenta que estalló en la época republicana temprana, un periodo que aún hoy es uno de los menos examinados en la historiografía mexicana. En esos tres capítulos, se traza el surgimiento del impresor como personaje público moderno y se explora la lógica del gato y el ratón que caracterizó a los intentos del Estado y la Iglesia de encauzar el debate que tenía lugar en los talleres de impresión. En el capítulo 3, se hace el examen de las estrategias que autores e impresores desarrollaron para eludir la reglamentación, supervisada por los funcionarios del reino mediante la categoría legal de “responsabilidad” respecto de los textos impresos. En ese capítulo, que se centra en las consecuencias de un panfleto en el que se pedía reemplazar el sistema republicano de México por una monarquía encabezada por un extranjero, se muestra la manera como Cumplido se valió de su caso legal para argumentar que la libertad de imprenta dependía de la libertad de los impresores respecto de la persecución estatal. En el capítulo 4, se hace el examen de la política sobre la imprenta en relación con la Iglesia católica, que mantuvo los poderes de censura sobre los textos relacionados con la religión y, no obstante, tenía dificultades para hacerla cumplir debido a la inacción estatal. La reimpresión de García Torres de *Misterios de la Inquisición*, la escandalosa novela francesa anticatólica y éxito de ventas mundial, muestra la manera en que los impresores propiciaron las controversias con el propósito de rehacer el panorama legal y cultural, al mismo tiempo que aprovechaban las ideas liberales sobre la propiedad privada como una cuña en contra del poder de la Iglesia. En el capítulo 5, se hace el examen de los esfuerzos del naciente Estado por establecer sus propias herramientas de representación por medio de una Imprenta Nacional en la ciudad de México; aun cuando la imprenta del gobierno fracasó poco después de la Independencia, el régimen invasor francoaustriaco encabezado por Maximiliano reabrió sus puertas y los sucesivos gobiernos liberales se aprovecharon de ella como una herramienta para la formación del Estado. La trayectoria de los esfuerzos editoriales del Estado revela los desafíos que frustraron los esfuerzos de los funcionarios por aprovechar el poder de los impresos.

La imprenta del gobierno también permite examinar el escurridizo mundo del taller de impresión, que se explora en el capítulo 6. Cuando

los triunfantes liberales consolidaron su hegemonía después de 1867, los obreros se comprometieron y presionaron para que se ampliase, tanto en el taller de trabajo como en el uso del tiempo libre, la definición de ciudadanía y de pertenencia a la nación. Como colaboradores de la prensa obrera que floreció durante la República restaurada y el primer mandato presidencial de Porfirio Díaz, los cajistas —es decir, quienes componían los tipos móviles— lidiaban con la relación de su trabajo con las palabras y las ideas, al mismo tiempo que exigían un mayor respeto y una remuneración más alta. Una muestra de letras de 1877, creado como una herramienta de responsabilidad burocrática en la imprenta del gobierno, muestra la manera en que los impresores narraron la historia de México a través de la lente de la victoria liberal, posicionándose como sus intérpretes privilegiados.

Las restricciones impuestas a la imprenta aumentaron a medida que Porfirio Díaz consolidaba su poder y comenzaba a construir un Estado centralizado más poderoso durante su largo segundo periodo en el poder (de 1884 a 1911). El énfasis del régimen porfirista en la tecnología al servicio del progreso influyó en las nuevas estrategias para restringir el debate mediante la tipificación de los delitos de imprenta y los decomisos de prensas. En el capítulo 7 se hace la exploración de los cambios a finales del siglo XIX de las políticas sobre la imprenta, y se hace el examen de la manera en que impresores-editores como Daniel Cabrera (1858-1914) y Filomeno Mata (1845-1911) impugnaron las incautaciones de sus prensas, allanando el terreno para la elaboración de las nuevas leyes sobre la libertad de imprenta durante la Revolución, el movimiento que expulsó a Porfirio Díaz del poder en 1911 y restableció un sistema de leyes sobre la libertad de imprenta más antiguo y liberal, rechazando las modificaciones de finales del siglo XIX. Esas nuevas y, al mismo tiempo, antiguas leyes revivieron las tensiones fundamentales que habían plagado los gobiernos durante el siglo XIX; sin embargo, sus innovaciones también reflejaron los esfuerzos de mucho tiempo atrás de los impresores por redefinir la libertad de imprenta como la libertad de los impresores.